



OBISPO DE CARTAGENA

Dios es el único fundamento de nuestra esperanza

Santa Iglesia Catedral de Murcia

Año Santo de la Esperanza

1 de febrero de 2025

Queridos hermanos religiosos y religiosas.

«Toda mi esperanza estriba solo en tu gran misericordia», decía san Agustín¹. Nuestra esperanza acerca del futuro, de un mundo mejor, más humano, depende de la conversión: de las muchas, muchas conversiones humanas, que son capaces de transformar no solo la vida personal del hombre, sino la vida de los ambientes y de la sociedad entera². El camino para llegar a la esperanza viva, la que espera Dios de nosotros, es sencillamente buscar a Dios, conocer a Dios, acercarse a Dios, pero dejando a un lado todos los intereses, olvidándose de uno mismo. A todos los que esperan se puede aplicar lo que dijo san Pablo de Abrahán: creyó, esperando contra toda esperanza (Rom 4, 8). Diréis todavía: «¿cómo puede suceder esto?». Sucede porque se aferra a tres verdades: Dios es omnipotente, Dios me ama inmensamente y Dios es fiel a las promesas. Y es él, el Dios de las misericordias, quien enciende en mí la confianza; por lo cual yo no me siento ni solo, ni inútil, ni abandonado, sino implicado en un destino de salvación que desembocará un día en el Paraíso³.

Recordad el salmo 105 que canta «¡Aleluya! Dad gracias al Señor porque es bueno, porque es eterna su misericordia». Precisamente esto nos fortalece en la esperanza, la seguridad de la certeza del cielo que alcanzaremos, si permanecemos fieles hasta el final. El hombre no puede vivir sin esperanza; todos los hombres esperan en alguien y en algo. Pero, por desgracia, no faltan abundantes desilusiones y tal vez se asoma incluso el abismo de la desesperación. ¡Mas nosotros sabemos que Jesús Redentor, muerto, crucificado y resucitado gloriosamente, es nuestra esperanza! «Resucitó Cristo, mi esperanza». Jesús nos dice que, a pesar de las dificultades de la vida, vale la pena comprometerse con voluntad tenaz y benéfica en la construcción y mejoramiento de la «ciudad terrena», con el ánimo siempre en tensión hacia la eterna⁴.

Sabemos bien que el gran mandamiento que nos ha dejado el Señor Jesús es el de amar: amar a Dios con todo el corazón, con toda el alma y con toda la mente y amar al prójimo como a ti mismo (cf Mateo 22, 37- 39). Es decir, estamos llamados al amor, a la caridad: y esta es nuestra vocación más alta, nuestra vocación por excelencia; y a esta está unida

¹ SAN AGUSTÍN, Confesiones, 10.

² SAN JUAN PABLO II, Hom. 31-12-1980.

³ SAN JUAN PABLO II, Alloc. 20-9-1980.

⁴ Cf. SAN JUAN PABLO II, Alloc. 24-3-1979.

también la alegría de la esperanza cristiana. Quien ama tiene la alegría de la esperanza, de llegar a encontrar el gran amor que es el Señor.

Pero, atención, existe el riesgo de que nuestra caridad sea hipócrita, que nuestro amor sea hipócrita... esto no entra en nuestra vocación, la hipocresía está muy lejos del norte de nuestra vida religiosa, porque el amor al que hemos sido llamados debe ser sincero y la caridad auténtica, sin fingimientos, sin tener que demostrar nada, con tal de que la gente se haga una idea engañosa de nosotros⁵. Amar de verdad es un don de Dios, un regalo. Dios nos hace portadores de la esperanza, de la experiencia de la liberación, de la salvación, de que seamos instrumentos de la caridad de Dios. Y esto sucede cuando nos dejamos sanar y renovar el corazón por Cristo resucitado. El Señor resucitado, que vive entre nosotros y con nosotros, es capaz de sanar nuestro corazón y de renovar continuamente este don en nuestro corazón, a través de la experiencia de su infinita misericordia.

Queridos religiosos y religiosas, renovemos el deseo de volver a apreciar las pequeñas cosas, las cosas sencillas, ordinarias, las de todos los días; y seremos capaces de amar a los demás como nos ama Dios, queriendo su bien; es decir que los hermanos con los que convivo y la gente a la que servimos sean santos, amigos de Dios. Así estaremos contentos por la posibilidad de hacernos cercanos a quien es pobre y humilde, como hace Jesús con cada uno de nosotros cuando estamos lejos del él; de abajarnos ante los pies de los hermanos, como nos ha enseñado él, Buen Samaritano, con su compasión y su perdón.

El apóstol Pablo nos ha recordado el secreto para estar «con la alegría de la esperanza» (Romanos 12, 12), porque sabemos que, en toda circunstancia, también en la más adversa, y también a través de nuestros mismos fracasos, el amor de Dios nunca falla. Y entonces, con el corazón visitado y habitado por su gracia y su fidelidad, vivimos en la alegre esperanza de corresponder a los hermanos, con lo poco que podamos, el equivalente de lo que recibimos de él cada día.

Hermanos religiosos y religiosas, quiero saludaros con afecto y daros las gracias de corazón por vuestra vida entregada. Que el Señor renueve cada día en vosotros y en todas las personas consagradas la respuesta gozosa a su amor gratuito y fiel. A la vez, os deseo que como cirios encendidos irradiéis siempre y en todo lugar el amor de Cristo, Luz del mundo. María Santísima, la mujer consagrada, os ayude a vivir plenamente vuestra especial vocación y misión en la Iglesia, para la salvación del mundo y os cuide todos los días para que no permitáis apagar la luz de los carismas que el Espíritu nos ha regalado a toda la Iglesia. Le pido al Señor que toque nuestro corazón y el de los jóvenes para que descubran la belleza de la fe y el tesoro de haber encontrado la razón por la que merece todo esfuerzo consagrar la vida al servicio de los hermanos. Amén.

+ José Manuel Lorca Planes
Obispo de Cartagena

⁵ Cf. PAPA FRANCISCO, sobre la esperanza en la audiencia general. 15-3-2017.